

El prolongado silencio (1.1–14)

Y murió José, y todos sus hermanos, y toda aquella generación. Y los hijos de Israel fructificaron y se multiplicaron, y fueron aumentados y fortalecidos en extremo, y se llenó de ellos la tierra. Entretanto, se levantó sobre Egipto un nuevo rey que no conocía a José; y dijo a su pueblo: He aquí, el pueblo de los hijos de Israel es mayor y más fuerte que nosotros. Ahora, pues, seamos sabios para con él, para que no se multiplique, y acontezca que viniendo guerra, él también se una a nuestros enemigos y pelee contra nosotros,... Entonces pusieron sobre ellos comisarios de tributos que los molestasen con sus cargas;... Pero cuanto más los oprimían, tanto más se multiplicaban y crecían, de manera que los egipcios temían a los hijos de Israel (1.6–12).

Richard era un estudiante de teología de una escuela de posgrado, cuando llamó a Phillip Yancey para contarle acerca de un artículo sobre el libro de Job, que acababa de escribir. Su profesor le había sugerido que lo ampliara hasta tomar forma de libro, y quería que Yancey lo revisara. Yancey estuvo de acuerdo, y el libro le causó una buena impresión. Durante los meses que siguieron le hizo sugerencias a Richard acerca de su libro. Poco antes de la publicación, Richard llamó a Yancey nuevamente. Esta vez, su voz sonaba tensa. Algo andaba mal. Preguntó si podía hablar con Yancey. Cuando hablaron, Richard le dijo que ya no creía en lo que había escrito en el libro. Esforzándose por dar una explicación, Richard dijo: «¡Odio a Dios!». Luego, como corrigiéndose a sí mismo, dijo: «No, no es eso. Ni siquiera creo en Dios». Durante tres horas, Richard le dejó ver lo que había en su corazón, comenzando con la separación de sus padres. Dijo que había hecho todo lo que estaba a su alcance para impedir el divorcio. Oró día y noche para que se volvieran a unir. Fue su primera experiencia amarga con oraciones no contestadas.

Richard dijo que había asistido a la escuela de posgrado para aprender más acerca de la fe en Dios. Creía que algo había hecho mal. Cada vez que enfrentaba una decisión crucial, leía la Biblia y oraba pidiendo orientación. Cuando sentía que la decisión era la correcta, actuaba; pero todo parecía indicar que las decisiones que tomaba siempre eran incorrectas. Una oportunidad laboral se le desmoronó, dejando a Richard en deuda con la escuela y sin una fuente de ingresos. Luego su prometida lo dejó plantado. Ella había sido una fuente de inspiración espiritual para él. Habían orado juntos por su futuro. La fe de Richard comenzó a disminuir cuando ella lo dejó sin dar explicaciones.

Richard, también, había padecido una serie de problemas de salud. Se imaginaba que Dios le había estado jugando bromas. Fue a un ministro, el cual le dijo que cuando se reconciliara con su novia, las cosas con Dios también mejorarían. Richard no podía entender por qué, un Padre celestial amoroso, permitiría tal desilusión en él. Continuó asistiendo a los cultos de la iglesia, pero sentía que cada día crecía con mayor fuerza su desilusión dentro de él. La teología que había tratado tan fervorosamente de entender, no estaba funcionando para él.

Una noche fue al culto vespertino y oyó la noticia de un avión que llevaba nueve misioneros, el cual se había estrellado en territorio fronterizo de Alaska, y habían muerto todos los que iban a bordo. El predicador dio los detalles con solemnidad, y luego presentó a un miembro de la iglesia que había sobrevivido a otro accidente de aviación esa misma semana. Una oración de acción de gracias fue elevada por esta persona que se había salvado, y luego el ministro oró por las familias dolientes de Alaska.

A Richard le disgustó aquello. Se dijo a sí mismo: «¡No pueden ser las dos cosas a la vez! Si a Dios se

le dan gracias por el sobreviviente, también debería culpársele de los fallecidos. ¿Cómo iban las viudas de los misioneros a hablar de un Padre amoroso?».

Richard fue a casa con su fe en Dios hecha añicos. Recordó todas las veces cuando le pareció que Dios lo había desilusionado. No había tenido sentido su abundante vida. Le dijo a Dios en oración: «Dios, ¿es que no te importa? No es mi intención decirte cómo gobernar el mundo, pero, por favor, dame una señal de que existes». Nada sucedió. Para Richard esta fue otra señal de la indiferencia de Dios para con él, o bien, de su no existencia. Esa noche recogió todos sus libros cristianos y sus biblias, los llevó a la parrilla de barbacoa que tenía en su patio trasero, los roció con líquido de encendedor, frotó un cerillo y el montón de libros ardió. Incluido iba su libro sobre el sufrimiento.

Las últimas palabras que le dijo a Yancey, fueron difíciles de olvidar: «Me encantaba Job —no temía ser sincero con Dios. Cuestionó a Dios. Creo que la diferencia entre él y yo, fue lo que sucedió al final. Dios le resolvió su situación a Job después de todo su dolor. A mí no me favoreció con una solución».

¿Es así como a veces nos sentimos? Tal vez no hayamos emprendido el curso de acción tan radical que Richard emprendió, pero a veces, cuando estamos atribulados, nos parece que Dios nos ha fallado.

El libro del Éxodo describe un sentimiento parecido en el pueblo escogido de Dios. Piense en los días de José. ¡Cuán gloriosos fueron aquellos tiempos para Jacob y sus descendientes, gracias a la firme fe de José en Dios! José había sido vendido como esclavo por sus hermanos, a unos mercaderes ismaelitas que iban camino a Egipto. Fue vendido al jefe del Servicio Secreto del dictador egipcio, Potifar. José era un esclavo tan bueno, que con el tiempo fue ascendido a capataz de toda la casa. No obstante, por causa de una mentira de la esposa de Potifar, fue encarcelado. Después de interpretar un sueño a Faraón, sobre una hambruna que se cernía, José fue liberado de aquel calabozo hasta llegar a ser el segundo al mando de aquel reino. Los hermanos de José, sus familias, y su padre, fueron invitados a vivir en una parte de la tierra más rica de Egipto. Pero «... los hijos de Israel fructificaron y se multiplicaron, y fueron aumentados y fortalecidos en extremo, y se llenó de ellos la tierra» (1.1–7). Cientos de miles de ellos florecieron durante un período de varios siglos, pero los buenos tiempos llegaron a su fin.

Entretanto, se levantó sobre Egipto un nuevo

rey que no conocía a José; y dijo a su pueblo: He aquí, el pueblo de los hijos de Israel es mayor y más fuerte que nosotros. Ahora, pues, seamos sabios para con él, para que no se multiplique, y acontezca que viniendo guerra, él también se una a nuestros enemigos y pelee contra nosotros, y se vaya de la tierra. Entonces pusieron sobre ellos comisarios de tributos que los molestasen con sus cargas;... (1.8–11).

Dios había prometido que Israel llegaría a ser una gran nación. ¿Qué estaba sucediendo? Un pueblo orgulloso, descendiente del hombre que había salvado a la nación egipcia, estaba siendo horriblemente maltratado. Después de haber sido un pueblo por derecho propio, los israelitas estaban siendo tratados peor que animales, porque los egipcios estaban temerosos de ellos. ¿Dónde estaba Dios? ¿Le preocupaba a Él lo que estaba sucediendo? Lea el versículo doce: «Pero cuanto más los oprimían, tanto más se multiplicaban y crecían, de manera que los egipcios temían a los hijos de Israel».

La promesa en el sentido de que Israel sería una gran nación, parecía vaga y distante. Los israelitas no tenían tierra ni libertad. Es probable que les contaran a sus hijos de las antiguas victorias, tales como la de la fidelidad de José y la de la devoción de Abraham al ofrecer a Isaac. ¡Cuán debieron haberse emocionado al escuchar la historia de la escalera de Jacob y la de las promesas de grandeza nacional! ¡Cuán distante parecía el cumplimiento de estas promesas!

Es probable que se preguntaran si Dios existía. Por siglos Dios no le habló a nadie en Israel. Debieron haber preguntado: «Señor, ¿dónde estás? ¿Dónde está tu grandeza? ¿Estamos muriendo! ¡Por favor, ayúdanos!». Las oraciones de ellos parecieron haberse quedado sin respuesta alguna por cientos de años. Generaciones enteras de israelitas vivieron sin haber oído de otra cosa más que de injusticias, del látigo del capataz y de trabajos que les doblaban las espaldas. Dios guardaba silencio.

Cuando sentimos el aguijón de la desilusión con Dios, ¿qué podemos hacer? ¿Qué es lo que creemos? ¿Podemos creer? Yo respondo con un resonante «¡Sí!». ¡Sí podemos creer! ¡Podemos confiar en Él!

EL BIEN PUEDE MANIFESTARSE POR MEDIO DEL SUFRIMIENTO

Dios no es el autor del sufrimiento, aunque no siempre entiendo por qué lo permite. No siempre tengo respuestas a las inquietantes preguntas acerca del sufrimiento. Lo que sí sé, es que Dios puede hacer, que a través del sufrimiento, se produzca el bien.

El sufrimiento de los israelitas forjó a este pueblo hasta convertirlo en una nación. Israel era una familia que se extendía por toda la tierra de Gosén. Dado que la esclavitud era una condición común a todos, ella los unió. Padecían por el sólo hecho de ser descendientes de Israel. El sufrimiento forja la unidad. Entre los amigos más cercanos que yo tengo, se encuentran aquellos con los que más he padecido —personas con las cuales he llorado o me he angustiado, personas a las que he ministrado por haber perdido seres queridos. El padecimiento tiene un peculiar efecto unificador cuando las personas responden a él con fe.

El padecimiento de los israelitas los fortaleció. Resulta obvio, según el texto, que los egipcios querían debilitar a los israelitas haciéndolos trabajar despiadadamente, pero en realidad sucedió lo contrario. Llegaron a ser una raza de gente robusta. El Faraón estaba tan airado que dio la orden de que todo niño varón hebreo fuera ahogado en el río Nilo.

El padecimiento de los israelitas les dio la oportunidad de observar el poder de Dios. En Juan 9.1–7, algunos judíos estaban hablando acerca del sufrimiento. El hombre del que hablaban había nacido ciego. Los judíos preguntaron: «¿Quién pecó, éste o sus padres?». Jesús respondió: «No es que pecó éste, ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifestasen en él» (Juan 9.3). Aquel hombre no merecía hallarse en tal condición. No obstante, su ceguera era una oportunidad para que Dios obrara en su vida, y Jesús lo sanó.

Israel sufrió para que Dios pudiese librarlos, aun cuando ellos no entendían lo que estaba sucediendo. Yo no entiendo todos los propósitos de Dios. Lo que sí sé es que Dios busca a personas que lo sigan, que crean en Él y lo amen, pero no porque sean protegidos y bendecidos por Él. Dios busca personas que lo sigan, que crean en Él, y lo amen, a pesar del sufrimiento. Un día Él librá a los que firmemente creen.

¿QUÉ PODEMOS HACER CUANDO EL SUFRIMIENTO LLEGA?

Cuando el sufrimiento llega, ¿qué podemos hacer? Sólo tengo una respuesta: Creer. Crea cuando no parece haber razón para creer. ¡Confíe en Dios de todos modos! Ámelo y sírvale de todos modos. Dios ha elegido ponernos a vivir en un mundo que es injusto —en un mundo que es a menudo caótico y sin sentido. ¿Por qué? Yo no sé. No obstante, creo, según lo que leo en Job, que Dios busca a los que tienen sed de Él, que creen en Él, a pesar de todo lo que miran alrededor de sí.

Debemos ayudarles a los demás cuando sufren. Si sabemos de alguien que está sufriendo, no deberíamos esperar a que esa persona tenga que perder su dignidad pidiéndonos ayuda. ¿Qué podemos decirles a los que están enfermos, a los que están de duelo o lastimados? Dos palabras bastarán: «Lo siento». No podremos explicar por qué algo ha ocurrido, pero podemos prestarle oído a su dolor. Cuando alguien pregunte: «¿Por qué a mí?», en realidad no es una respuesta la que esperan. No debemos jugar de Dios, tratando de responder la pregunta del «¿Por qué?». En el libro de Job, se relata que Job perdió su negocio y sus hijos, pero él permaneció fiel a Dios. En la conversación que siguió, acerca de la razón por la que él estaba sufriendo, Dios intervino. En lugar de responder la pregunta de Job acerca de por qué él estaba sufriendo, Dios le planteó a Job muchas preguntas acerca de la naturaleza, las cuales Job no pudo contestar (Job 38.3–8, 12, 18–19, 25).

Dios preguntó: «¿Estuviste presente en el momento de la creación? ¿Entiendes cómo se forma una tormenta?». Esto es lo que Dios le estaba diciendo: «Job, ni siquiera entiendes cómo funciona el universo material, ¿cómo pretendes gobernar el universo moral? No tienes ni idea de lo que es justo».

CONCLUSIÓN

¿Podremos entender la justicia? En un mundo que es injusto, ¿ha permitido Dios que se le trate injustamente a Él? Lea los cuatro evangelios. Jamás hubo otro hombre que fuera tratado más injustamente que Jesús, la imagen misma de Dios. Después de haber sido oprimido toda su vida por los que profesaban conocer a Su Padre, terminó su ministerio terrenal dándole cabida a que se le infligiera la más grande injusticia y sufrimiento de todos los tiempos. Fue juzgado por blasfemia, cuando ni siquiera una palabra deshonesto brotó de sus labios. Fue azotado hasta que su espalda se cubrió de rayonazos ensangrentados. Su cabeza y cuero cabelludo fueron rastrillados con espinas. Fue desnudado y clavado a una tosca cruz de madera. Colgó de ésta durante seis angustiantes horas.

Dios nuestro Padre, a través de su Hijo, sufrió. Toda la injusticia del mundo colgó de aquella cruz. Fue pagado todo error de todos los tiempos. Nuestro sufrimiento cuelga de esa cruz también. Nuestra consolación fluye de sus heridas. El hecho de que seamos libres de condenación eterna se encuentra también allí. «[En él] tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia» (Efesios 1.7). ■